ron apenas perceptibles. Siguió á aquel desahogo neurótico, un acceso terrible de sofocación, pero tan repentino y agudo, que fué preciso, además de los cuidados de Teodoro, llamar á don Javier, que estaba en la consulta. Abrimos de par en par puertas y ventanas, le hicimos aspirar éter y empleamos todos los recursos que conocíamos para cortar el mal; pero esta ocasión fué más rebelde que de costumbre. Nunca olvidaré la expresión del rostro de Gabriel en esos momentos: hundidos los ojos y medio velados en la profundidad de las órbitas, plomizo el rostro, extendidas las ventanillas de la nariz, abierta la boca y blancos y áridos los labios. Se sentía hondísima angustia al contemplarlo.

Y angustiaba acaso más el oír su respiración silbante y trabajosa, mezcla de estertor y de gemido.

Perdida la cabeza de don Javier y de Teodoro por el cuidado, no acertaban á prescribir medicina oportuna, y acabaron por mandar recado á dos de sus colegas para que viniesen á darles luz y ayuda. Los nuevos doctores examinaron rápidamente al enfermo, y dieron órdenes breves que fueron obedecidas en medio del azoro de todos.

Después de largas horas de sufrimiento y de zozobra, se ha logrado dominar la crisis, y en los momentos en que te es-

cribo, Gabriel, un tanto repuesto del acceso, reposa con tranquilidad. La inminencia del peligro ha pasado; pero el peligro subsiste. En opinión de los médicos, ha comenzado á interesarse el corazón en el padecimiento, y si siguen así las cosas, irá de por medio la vida de Gabriel.

Imagínate ¡qué fin tan triste del día más dichoso de mi vida!

Así es el mundo: está formado de contrastes.

VIII

Gabriel sigue muy grave, y la familia muy consternada. Don Javier y doña Tula no se separan casi de la cabecera del enfermo. Por mi parte, he venido á ser inútil en esta casa. Aunque tengo la mejor voluntad para cuidar á Gabriel, me han alejado de su aposento, no sé por qué. Al principio, aunque notaba que doña Tula me ocupaba poco, lo atribuía al estado de su ánimo, muy explicable en el caso; y sin darme por entendida de su aparente desvío, pasaba largas horas cerca de Gabriel. Por cierto que me era muy penoso, porque se ahoga continuamente. No creas; por más que los médicos aseguren que hay alguna esperanza, no la hay. Basta verle para comprender que va á morirse; no se necesita ser médico para eso.

A pesar de todo, el pobre joven no se había olvidado de Teo ni de mí.

Muy frecuentemente me preguntaba:

—¿Dónde está Teodoro?

—¿Se quieren ustedes mucho?

—¿Cuándo se casan?

Y agregaba:

—Dispensenme que amargue su felicidad.... Es contra todos mis deseos.... y será por poco tiempo.... No sé qué sería mejor, si morirme antes ó después de su enlace.... Porque si me muero antes, se retardará el matrimonio.... y si después, se amargará su luna de miel.

—Lo mejor, le respondía yo, será que vd. no se muera ni antes ni después, para que todos seamos dichosos; vd. á nuestro lado, formando todos un grupo cariñoso.

—No, eso no, me respondía con viveza; es imposible.... no puede ni debe ser.

—¿Por qué no? le pereguntaba.

—Porque me llama el sepulcro, respondía, porque quiero descansar, y ese será mi descanso.

Por más esfuerzos que hacía doña Tula para calmarle en tales casos, no lo lograba, sino que iba entrando en tal estado de neurosismo, que se hacía preciso mandar recado á los doctores y apelar de nuevo á las medicinas de los grandes casos.

El resultado de todo ha sido, que al fin doña Tula me haya hablado francamente, diciéndome:

—Ya lo ve vd., hija, Gabriel se excita mucho cuando está vd. presente. Como es tan buen hermano y quiere tanto á Teodoro, ha tomado muy á pechos el compromiso de ustedes. Y como se siente tan malo y está seguro de morirse, sufre quizá por el marcado contraste que nota entre su suerte y la de ustedes, por más que no lo diga....

—¿Lo cree vd., señora? le pregunté consternada.

—No me cabe duda, repuso, y no solamente yo lo digo, sino que lo han echado de ver todos los que le rodean.

—No quiero, repuse, ser motivo de trastorno para él ni para nadie. Haré lo que vd. me diga, aunque me será penoso no servirle de nada.

—Lo creo, lo creo, hija, contestó doña Tula; pero ¡qué remedio! Ya que el pobre la ha tomado por ese lado, lo mejor será que vd. no se le presente.

—Está bien, señora, repuse con sumisión.

—No se aflija vd., Ester, prosiguió doña Tula observando la contrariedad que su orden me causaba, ya mejorará Gabriel y se calmarán sus nervios. Entonces podrá vd. acompañarle. Por lo demás, ya sabe que agradecemos de todo corazón sus atenciones.

Desde entonces no entro ya en el cuar-

to del enfermo, y sólo permanezco en el inmediato, atenta á cuanto se ofrece.

Por motivos idénticos á los que me expuso doña Tula, le ha sido también prohibida á Teodoro la entrada en el aposento de su hermano; lo que mucho le ha contrariado, porque es muy cariñoso, y se interesa vivamente por él.

La preocupación de la familia con motivo de la creciente gravedad de Gabriel, no ha impedido que prosigan los preparativos de mi próximo enlace con Teodoro.

Nos instalarémos en una casa contigua á la que hoy habito. Se abrirá una puerta de comunicación en el muro medianero de las dos casas, y así vivirémos, como dice doña Tula, juntos y separados. Nuestro nido de amor está muy risueño. Tiene las piezas necesarias para que podamos estar con holgura; pero no sobra tanto local que parezca desierto. En una ala tendrá Teodoro su despacho, y en la otra estarán nuestras habitaciones. En la parte céntrica se extiende un jardincito muy lindo con su fuente de mármol, y como esta ciudad es tan propicia á las flores, y son aquí tan perfumadas, toda la casa parecerá un búcaro matizado y oloroso.

Hemos escogido Teodoro y yo el papel tapiz de todos los aposentos, y en esto, como en todo, no hemos discrepado en lo más mínimo. Será obscuro y severo en la

sala, color de cedro en el comedor, claro en mi alcoba, y más ó menos alegre en las otras habitaciones. Los muebles y alfombras serán por su color apropiados al tapiz: todo conforme á mis gustos y aficiones. Como he sido tan amiga de las artes, Teodoro tiene plena confianza en mi criterio, y no compra guardarropa, silla ó espejo, sin consultar antes mi opinión.

Ha llevado su fineza hasta el punto de pedirme dibujos para la hechura de algunos muebles, y habiéndole complacido de mil amores, he tenido la satisfacción de que el ebanista haya hecho grandes elogios de mi talento. Hasta ha llegado á pedirme permiso para construir otros muebles iguales á los míos. Por supuesto, me he negado á ello, porque no quiero que nadie tenga cosas como las que hoy recibo de Teo. Para conformarlo, le ofrecí hacer otros dibujos que podría utilizar como quisiese. Los padres de Teodoro, en vista de los progresos de la enfermedad de Gabriel, han resuelto que se apresure nuestro matrimonio. A decir verdad, fuera mejor que todo se hiciese por pasos contados, y que no diésemos qué murmurar á la gente; pero comprendo que el doctor y doña Tula no quieran que la ceremonia se efectúe cuando el luto haya caído sobre la casa. Por supuesto que Teodoro secunda en todo esas miras.... y yo también, aunque en secreto.

IX

Faltan pocos días para mi matrimonio, y me hallo en un estado de sobreexcitación indescriptible. Por una parte, la gravedad de Gabriel, que es cada vez más alarmante, por otra, los preparativos de mi enlace, y finalmente, cierto estado de ansiedad y de melancolía que he observado recientemente en Teodoro; todo me tiene fuera de mí. Voy caminando al desenlace de la situación, casi sin conciencia, y como llevada en alto por los acontecimientos.

El traje de bodas, el velo blanco, la corona de azahares, el libro de nácar y los guantes de cabritilla están listos en mi alcoba.

El traje es riquísimo: ha sido hecho en México por la modista más afamada, y es de una tela muy costosa. El velo, fino y trasparente, es tan grande, que me cubre de pies á cabeza. Ayer me lo puse ante el espejo, por vía de ensayo. Creo que no me va mal. Pero siento algo parecido á susto al mirar todas esas cosas. Lo desconocido me causa una inmensa emoción. ¿Qué suerte me reservará la Providencia? ¿Haré la felicidad de Teodoro? Aquí tienes mi única incertidumbre, porque lo quiero tanto, que nunca me perdonaría el

hacerle desgraciado. Me propongo no ocuparme sino de él, y vivir de una perpétua consagración á su cariño. Por este medio hallaré la felicidad, porque nada habrá más dulce para mí que hacer dichosa esa vida, que es fuente, luz y regocijo de la mía.

X

Pocos días me separan del altar. Al pensarlo me embarga una emoción dulce y triste; pero me tranquiliza reflexionar que me lanzo en compañía de Teodoro á ese porvenir insondable.

La salud de Gabriel continúa empeorando sin cesar. A la vez que la servidumbre se ocupa en atenderle bajo la dirección de doña Tula, hay en la casa contigua, "la mía", otro gran movimiento de operarios que trabajan en los últimos arreglos. Con estas cosas, con estos ruidos tan incesantes y con impresiones tan encontradas, me siento trastornada y febril. Todo se me figura un sueño, y como si de un momento á otro hubiese de despertar á una realidad inesperada.

Según los informes que recibo, está Gabriel de tal modo grave, que tal vez se muera justamente á tiempo para estorbar el matrimonio; así es que aun cuando veo

que los preparativos avanzan, abrigo serias dudas sobre el suceso que anuncian.

Mucho ha contribuido á ponerme en tal estado de ánimo, un acontecimiento inexplicable que pasó anoche. Hubo al obscurecer un gran movimiento en el cuarto de Gabriel: los criados corrían por todas partes, fué llamado un sacerdote, y llegó á murmurarse que el paciente había espirado. Por fortuna resultó falsa la alarma; pero el susto fué espantoso.

Pasada la crisis, los médicos, los padres de Gabriel y Teodoro se encerraron en la sala y celebraron una larga conferencia. Desde mi cuarto estuve observando lo que pasaba, deseosa de saberlo por boca de Teodoro.

No bien oí que se marchaban los médicos, mandé llamar á Teo. Llegó conmovido y con huellas de lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede? le dije, ¿hay algo de nuevo?

—Sí, repuso, Gabriel está atravesando una crisis mortal, y puede espirar de un momento á otro.

—En ese caso, continué, sería conveniente suspender los preparativos de la ceremonia: me da tristeza que nos casemos bajo auspicios tan tristes.

—Tal vez sea lo mejor, murmuró caviloso.

—¿Y los padres de vd.? le pregunté, ¿qué opinan?

—Han perdido la cabeza, no dicen nada.

En esto, sobrevino una nueva crisis, y nos separamos sin hablar más. Después de ella, me pareció Teo más abatido que nunca, y cuando le interrogué sobre la causa de su visible trastorno, me contestó que nacía de la gravedad de su hermano y de la aflicción de sus padres. Pero no sé por qué se me figura que hay algo más que esto en el corazón de Teo, porque está triste, muy triste; suspira á cada momento, y cuando llora, muerde el pañuelo con desesperación.

Algunas veces brilla su mirada con resplandores extraños, crispa los puños y los mueve con ademán como de afirmarse en una resolución; otras, por el contrario, cae en un abatimiento absoluto: parece que no ve, ni oye, ni sabe dónde se halla.

—¿Qué tienes? le pregunto con frecuencia. Algo me ocultas, lo conozco. ¿Por qué no me lo comunicas? Tengo derecho de saberlo, y si lo supiera, procuraría consolarte.

Al fin, después de mucho batallar, he conseguido sólo un principio de confesión. Me ha dicho que no son infundadas mis sospechas, que lleva en efecto un gran tormento en el corazón, y que siente que la prueba es superior á sus fuerzas; pero no ha querido pasar de allí, y ha acabado

por suplicarme por lo más sagrado, no le haga otras preguntas.

—¿Será tal vez que ya no me quieres? concluí. ¿Seré yo la causa inconsciente de tu tribulación?

—Por la Virgen Santísima, me contestó con viveza, no sospeches de mi amor. Te quiero como siempre, más que nunca; pero no me preguntes cuál es la causa de mi congoja, porque no te la puedo decir. La sabrás al fin, porque tienes que saberla. Entretanto, pongo por testigo á ese Dios que nos oye, de que todo mi pensamiento, todo mi cariño, todo mi ser son tuyos, nomás tuyos, ahora y siempre.

Y en el arrebato de su cariño, cogió mi mano, la llevó á sus labios y la oprimió después contra el pecho. En seguida se cubrió el rostro con el pañuelo y derramó abundantes y silenciosas lágrimas.

La presencia de don Javier interrumpió nuestro coloquio.

—¿Qué noticias? preguntó Teo enjugándose las lágrimas.

—Malas, malísimas, contestó don Javier. Las crisis se suceden á cada momento.

Y luego agregó:

—Mala suerte les ha tocado á ustedes con esta enfermedad. ¡Cuán alegres estaríamos á no ser por ella! Pero Dios lo ha

querido de otro modo; no hay más que tener paciencia.

Sin decir más, cogió á Teo por el brazo y se lo llevó consigo.

Entretanto, me he venido á mi alcoba para trazar estas líneas.

Dentro de poco seré la esposa de Teo y habrá concluido la situación equívoca en que me hallo. Entonces le exigiré que me revele ese secreto que tanto le apena, y lo consolaré con las expansiones de mi cariño.....

XI

Anoche, ya muy tarde, y varias horas después de escrita mi carta anterior, llamó Teodoro á la puerta de mi habitación; y como me tenían en vela las emociones del día y el cuidado de Gabriel, salí á la galería con presteza. Estaba obscura y desierta. Sólo en un ángulo lejano, se veía luz á través de la puerta entornada de la alcoba del enfermo. Reinaba por todas partes un silencio triste y doloroso.

—¿Ocurre algo extraordinario?, pregunté á Teo con no disimulada emoción.

—Que mi hermano sigue agravándose, repuso con voz sorda; madre acaba de decírmelo.

—Válgame Dios, exclamé hondamente afligida. ¿No hay ninguna esperanza?

—Los Dres. aguardan una crisis decisiva. Dicen que cualquier emoción puede pro-

vocarla, y que será mortal ó salvadora.

—Espero en Dios que ha de ser salvadora.

—Así debemos esperarlo. Entretanto, es indispensable suspender la ceremonia, agregó con voz vacilante.

Casi no me sorprendió la indicación, pues varias veces habíamos hablado de ello, y era, además, impropio é inhumano pensar en desposorios, en aquellos momentos terribles.

—Es natural, repuse sin afectación; las circunstancias lo exijen.

—Es natural, pero triste, objetó Teo.

—¿Y los preparativos?

—Todo se ha mandado suspender por orden de mis padres.

No sé por qué, al oír aquellas palabras, sentí un golpe en el corazón, como si en lugar de ser esas, hubieran sido estas otras: "ya no habrá matrimonio." Disimulé la pena, y por no darla á conocer, proseguí con aparente tranquilidad:

—Vale más que se haga todo bajo mejores auspicios, cuando Gabriel esté fuera de peligro... Voy á guardar el vestido, el velo, la corona....

—Sí, es mejor que guardes todo eso.

Me pareció que temblaba su voz, y aun, en mi preocupación, se me figuró distinguir en la obscuridad, sus facciones contraídas por la angustia. Calló algunos instantes, como si vacilase, y luego continuó con voz entrecortada:

—No es eso todo lo que tengo que decirte, Ester mía; ten ánimo para recibir otro golpe.

—¿Qué más? interrogué ansiosa.

—Que me voy esta misma noche.

—¿Para dónde? exclamé. ¿Por qué te vas?

—¿Lo sé yo mismo? A cualquier parte, lejos ó cerca; lo que importa es no estar en este lugar.

—Pero ¿por qué? ¡Irte en estos momentos! ¡Separarte de mí y dejar á Gabriel moribundo!....

—Tienes razón de extrañarlo, repuso con sollozos mal comprimidos; es singular.... parece indebido;.... pero mira, Ester mía, es indispensable.... Va la vida de Gabriel de por medio.

—No entiendo la relación que pueda haber entre una y otra cosa.

—Te lo voy á explicar.... Te dije opinaban los doctores que la vida de mi hermano depende de una crisis decisiva, y que esa crisis puede matarlo ó salvarlo.

—¿Y bien?....

—Que es preciso intentar esa crisis suprema lo más pronto posible, y que yo soy quien la ha de provocar.

—¿Y tú por qué?

—Porque así lo disponen mis padres y los doctores,

—¿Y cómo vas á hacerlo?

—Empleando los medios que acabo de decirte: suspender el matrimonio y marcharme de la casa.

—Inútil, repuse con viva incredulidad; ni una ni otra cosa lograrán conmoverlo en el estado de abatimiento en que se halla.

—Te equivocas, replicó con vehemencia que no puedo explicarme; ambas le harán una profunda impresión....

—Pero puede morirse.

—O salvarse: yo creo que lo salvaré.

Incliné la cabeza, persuadida de que era inútil toda resistencia.

—¿Y cuándo te vas?, le pregunté casi llorando.

—Ahora mismo.

—No, no tan pronto, objeté adelantando la mano en la oscuridad, como si quisiera detenerlo. Pero la retiré con viveza al tocar sus ropas.

—Es preciso, insistió con voz sorda; ahora ó nunca. Dentro de unos momentos sería tarde.

—¿Y cuánto tiempo tardarás en volver?

—El que sea necesario.

—¿Si se muere?

—Volveré sin pérdida de momento, contestó con tono que parecía impregnado de esperanza.

—¿Y si se salva?

—Entonces mi ausencia será larga....

Pronunció estas palabras trabajosamente. Entretanto, oía yo su respiración anhelosa, y hasta los latidos de su corazón. Las lágrimas de sus ojos caían en gruesas y calientes gotas sobre mis manos.

—¿Por qué lloras?, le pregunté gimiendo. Parece que te despides para siempre.

—No tengas esas ideas; no seas niña.

—Pues asegúrame que volverás pronto.

—Sí.... lo más pronto posible.

En aquellos momentos salió doña Tula apresurada del cuarto del enfermo, pasó sin vernos cerca de nosotros, y siguió hacia la cocina.

—Pobre madre, articuló Teo como despertando de un sueño. Es preciso separarnos.... así lo he prometido. Es ya muy tarde, Ester. Adiós..... No, adiós, no, hasta la vista.

—Un momento, le dije, espérame.

Y entrando en mi cuarto, cogí un ramito de "no me olvides" del florero de mi tocador y un pequeño Sagrado Corazón de seda y oro que había hecho con mis propias manos para dárselo el día de nuestra boda. Luego volví á salir.

—Teo, le dije, antes de que te marches, quiero darte dos recuerdos. Este ramito de "no me olvides," que voy á colocar yo misma en el ojal de tu jaquet...,

Y haciéndolo como lo decía, tomé su saco por la solapa, busqué á tientas el ojal y coloqué el ramito.

—Y este Sagrado Corazón, proseguí, que quiero yo también prender en tu chaleco, para que te acompañe por todas partes y te defienda de todo peligro....

Y aplicando el alfiler que había dispuesto en el extremo superior de aquel objeto piadoso, le aseguré en el chaleco.

—Aquí, continué, sobre el corazón, sobre ese corazón que es mío. (Y acentué mis palabras apoyando la mano sobre el corazón de Teo); aquí está bien, para que te libre de todo daño.... y, sobre todo, de la ingratitud y del olvido.

—¡La ingratitud! ¡el olvido! exclamó Teo. No, ¡eso nunca!... ¿Yo ingrato?... ¿Yo perjuro?.... Ni muerto, Ester.... Te quiero sobre todas las cosas, más que á Gabriel, más que á mi padre, más que á mi madre, más que á todo el mundo.... Cuando me muera, llevaré tu imagen grabada en el fondo de mi corazón, como una marca de fuego, como una chispa de luz.

Y tomándome por el talle, me estrechó contra el pecho, y me besó en la frente con ósculo prolongado.

Luego se alejó por la galería sumida en tinieblas. Yo me quedé atónita en el lugar donde me dejó.

No tardé en oír sus pasos por el portal; luego el ruido de los cerrojos del zaguán; después continué oyendo el rumor de su marcha por la calle silenciosa, hasta que desvanecida por la distancia, se perdió por completo.

No sé cuánto tiempo después entré en mi alcoba, y echándome sobre el lecho, me entregué al consuelo de las lágrimas, llorando mucho y amargamente, hasta que me sorprendió la luz de la mañana.

No estaría tan triste si diese á este acontecimiento el sentido que oí de los labios de Teo; pero á mi pesar, le doy otro, no sé cuál, pero otro muy malo. Puedo morirme, puede morirse..... U olvidarme.... No, eso no. Me ha jurado amor con acento de verdad.... Es incapaz de engañarme.... Es bueno.... Me quiere.

XII

Esta mañana, muy temprano, vino doña Tula á informarse de mi salud. La recibí llorando, como había pasado la noche. En cambio, me pareció ella algo más tranquila que de costumbre.

—No he dejado de pensar en vd. desde ayer, me dijo. Consideraba su aflicción.

Respondí afirmativamente con la cabeza.

—Tiene vd. razón, hija: la sorpresa de-

be haber sido muy dolorosa; pero algo se tiene que hacer por los que sufren; más cuando son padres y hermanos.

—Sí, señora, repuse sollozando; Teo hizo muy bien.... yo no me he opuesto á nada.

—Niña, no digo eso, prosiguió la buena señora. Ya se sabe que es vd. nuestra hija y que vd. también es capaz, por nosotros, de las mayores abnegaciones. Dios se lo ha de pagar.... He venido á ver si en algo puedo servirla, y á consolarla, como su madre.... como su verdadera madre.

En esto entró don Javier.

—Pobrecita niña, dijo el doctor acercándose á mi lecho y poniendo su mano enorme sobre uno de mis hombros. ¡Qué noche! ¡Terrible para todos! Por lo visto, vd. no se ha quitado el traje.... Ni ha cesado de llorar.

—Sí, señor, repuse ocultando el rostro entre las manos y derramando nuevas lágrimas.

—Vamos, vamos, continuó el doctor con una ternura que nunca le había conocido; no es para tanto, chiquilla. Y sentí que me acariciaba la frente y me arreglaba la cabellera desordenada.

—Dios se lo ha de pagar, agregó doña Tula con acento inseguro. Todas las buenas acciones tienen su recompensa.....

Ya verá vd., niña, ya verá como Dios la hace muy dichosa.

Y la buena señora se puso á llorar más ruidosamente que yo.

—¿Pero volverá pronto?, interrogué sin ver á mis interlocutores.

Ninguno de los dos respondió. Hubo un silencio de algunos instantes, y yo, creyendo que no me habían oído, volví á preguntar:

—¿Volverá pronto?

—Eso no se sabe, ni puede saberse por ahora.... repuso el doctor titubeando.

—Será lo que Dios disponga, saltó doña Tula.

—¿Por qué dicen ustedes eso?, pregunté dejando de llorar y mirando á uno después de otro.

—Por nada, repuso don Javier; porque si Gabriel siguiese mejor y viniese Teodoro, todo se perdería.... Usted lo comprende.

—Yo no comprendo nada, objeté con alguna irritación.

—Sí, continuó doña Tula, la vuelta de Teodoro sería muy mala señal; significaría que Gabriel hubiese muerto.

—¡Dios nos libre!, exclamé.

—Pues entonces, resígnese vd., dijo el doctor.

—Haré lo posible, señor, repuse con sumisión,

—En cambio, continuó doña Tula, tenemos que dar á vd. una buena noticia.

—¿Cuál?, pregunté reanimada, creyendo que se refería á Teodoro.

—Que Gabriel ha salido regularmente de la prueba, prosiguió el doctor.

—¿De cuál prueba?, insistí.

—De la prueba de la sorpresa, contestó doña Tula; de la sorpresa que le causó la suspensión del matrimonio y la partida de Teodoro.

—Antes de dársela, continuó el doctor, nos prevenimos para un caso funesto. Dos compañeros y el sacerdote estaban conmigo.... Yo fuí quien le dió la noticia. Creí de pronto que no me había oído, porque no dió señales de ello; pero se la repetí dos ó tres veces en voz alta, y al fin abrió trabajosamente los ojos y movió los párpados para hacerme comprender que me había entendido. No le dije ya más, y aguardé lleno de ansiedad. Se le colorearon un poco las mejillas y su respiración se hizo más precipitada. Mis compañeros y yo le hicimos aspirar algunas sales para darle fuerzas, y continuamos en observación. Por fortuna, el estado de excitación fué calmándose paulatinamente. Al fin, entró en reposo y pareció dormir unos instantes. A la madrugada habló algunas palabras incoherentes; pero cuando le pregunté cómo se sentía, pudo reconocerme

y me contestó que algo mejorado. Ahora su pulso está menos débil y menos frecuente, y es más regular.

—Yo también le veo mejor, continuó doña Tula. Aunque no soy doctora ni entiendo nada de medicina, puedo asegurar que está mejor.

—Dios ha de querer que nuestro sacrificio no sea estéril, concluí al ver cuán honda y sentida era la alegría de mis bienhechores.

Pero no pude decir más. En aquellos breves momentos se libraba en mi corazón una terrible lucha. Pensaba que si Gabriel mejoraba, tardaría Teo en volver; y que si se moría, volvería luego. Pero no podía desear que se muriese el enfermo, ni que se prolongase la ausencia de Teo. Confusa, guardé silencio, y procuré no desear nada, confiándolo todo á la misericordia de Dios.

XIII

He sido engañada, traicionada, burlada. Teodoro no me ama ni me ha amado nunca. No quiere casarse conmigo; nunca seré su esposa.

Al trazar estas palabras, siento que la tierra se hunde bajo mis pies y que el cielo se desploma sobre mi cabeza; se hace